

LA VERDAD SOBRE EL SER HUMANO Y EL RESULTADO DE LOS SISTEMAS ECONOMICOS EN LA ENCICLICA *CENTESIMUS ANNUS*

Ricardo Antoncich*

La Encíclica *Centesimus Annus* pone en relación, casi desde el inicio (Cf CA 4e) el problema de la verdad y el de la libertad. En el segundo término, el de la libertad, pueden ser considerados los sistemas sociales y políticos, ya que todos ellos han querido, de alguna manera, alcanzar grados de mayor libertad, sea considerando que ésta es el fruto de un desarrollo económico estimulado por el interés personal y la propiedad privada; sea considerando, por el contrario, que la libertad verdadera sólo puede nacer de una visión colectivista que elimine desigualdades y dé a todos oportunidades de sobrevivencia.

Para el Papa Juan Pablo II, la vinculación entre libertad y verdad es de evidente raíz evangélica. Sólo la verdad nos hará verdaderamente libres, ha repetido innumerables veces. Lo que aparece en CA es la explicitación, pocas veces considerada, de la relación, en el mismo magisterio de León XIII, entre su encíclica social *Rerum Novarum*, y la otra encíclica *Libertas praestantissimum*. Sobre ésta última, Juan Pablo II dice que en ella "se ponía de relieve la relación intrínseca de la libertad humana con la verdad, de manera que una libertad que rechazara vincularse con la verdad, caería en el arbitrio y acabaría por someterse a las pasiones más viles y destruirse a sí misma. En efecto, ¿de dónde derivan todos los males frente a los cuales quiere reaccionar la *Rerum Novarum*, sino de una libertad que, en la esfera de la libertad económica y social, se separa de la verdad del hombre?" (CA 4e)

La relación entre libertad y verdad será un *leit motiv* de toda la Encíclica, explicando los fracasos del socialismo en el este europeo, por motivos antropológicamente más profundos que los de la simple ineficiencia técnica de un sistema particular.

Este esfuerzo permanente por situar los hechos sociales y económicos en sus fundamentos antropológicos ha caracterizado todo el magisterio social de Juan Pablo II. Aparece ya en *Laborem Exercens*, interpretando el movimiento obrero

* Filósofo, teólogo, sociólogo, experto en pastoral social de la Iglesia. Profesor invitado en varias universidades latinoamericanas. Peruano.

y sus reacciones como justa indignación ética por la degradación del trabajo, y dando al conflicto capital-trabajo, una original interpretación que se distancia de la lucha de clases marxista, para revelar un antagonismo ético más profundo entre el egoísmo y la solidaridad. Aparece igualmente en *Sollicitudo Rei Socialis*, entendiendo los problemas de desarrollo y subdesarrollo no como meros fenómenos económicos de situaciones de progreso, sino como verdadera expresión del sentido integral de la vida humana y de su realización en este mundo; por tanto el contraste entre avanzados desarrollos económicos, coexistentes con notables subdesarrollos morales, cuestiona, de raíz, el concepto de desarrollo utilizado para evaluar un pueblo.

En este estudio queremos poner de relieve la importancia de una adecuada concepción de la verdad del hombre para el buen resultado de un sistema socioeconómico. Por un lado, trataremos de entender el nivel donde el Papa se sitúa para juzgar el fracaso del socialismo; pero, por otro lado se harán más evidentes las condiciones para que no fracase igualmente el sistema capitalista en sus posibles versiones. Ante estos dos sistemas se mostrará la urgencia de que la Iglesia, conocedora de la verdad del hombre recibida por la revelación, asuma un papel profético de crítica vigilancia sobre el sentido humano integral de la libertad.

1. LA VERDAD DEL HOMBRE Y EL FRACASO DEL SOCIALISMO

El atribuir el fracaso del socialismo a un *error antropológico* es un tema recurrente de la CA que aparece varias veces. La primera se encuentra en CA 13ab, en donde se establece una especie de paralelismo entre la implícita filosofía del socialismo y el cristianismo.

El error antropológico en torno al sentido de la persona.

Una primera contraposición es el distinto sentido de la persona humana. Según Juan Pablo II, en el socialismo, el hombre es considerado como una molécula del organismo social, y el bien del individuo se subordina al funcionamiento del mecanismo económico-social, que puede alcanzar sus objetivos sin tener en cuenta la libertad de la persona en sus opciones y responsabilidades. Frente a esta concepción del hombre-molécula, que se integra en un estado todopoderoso, la concepción cristiana subraya la dignidad de la persona y sus opciones y responsabilidades, y los caminos de socialización intermedia, como la familia, los grupos económicos y sociales, políticos y culturales. Según una concepción cristiana existe una *subjetividad de la sociedad*, que respeta la subjetividad de los individuos. Ambas dimensiones de subjetividad juzga el Papa que son suprimidas por el socialismo real.

Errores antropológicos y sus consecuencias sociales.

De un error o de una verdad antropológica, surgen consecuencias socioeconómicas. Para el Papa, en el socialismo

el hombre queda reducido a una serie de relaciones sociales, desapareciendo el concepto de persona como sujeto autónomo de decisión moral, que es quien edifica el orden social mediante tal decisión. De esta errónea concepción de la persona proviene la distorsión del derecho, que define el ámbito del ejercicio de la libertad y la oposición a la propiedad privada. El hombre, en efecto, cuando carece de algo que pueda llamar 'suyo' y no tiene posibilidades de ganar para vivir por su propia iniciativa, pasa a depender de la máquina social y de quienes la controlan, lo cual crea dificultades mayores para reconocer su dignidad de persona y entorpece su camino para la constitución de una auténtica comunidad humana (CA 13a).

La cita, un poco extensa, es necesaria para aquilatar por una parte los problemas que surgen de un error antropológico existente en el socialismo, pero por otra para señalar el acierto tan profundo de que el ser humano, todo ser humano, pueda unir el llamar *suyo* a algo, con la realización de su persona. El no poder hacerlo, sea porque el Estado, de iure, quita a la persona el llamar *suyo* a algo, o porque un sistema, de facto, impone la miseria a muchas personas como sucede en el Tercer Mundo, no deja de tener consecuencias como obstáculos para que la persona descubra su propia dignidad y su papel de integración en una comunidad. Este error antropológico del capitalismo, cuando no ha encontrado su responsabilidad social, es paralelo al error antropológico del socialismo aquí mencionado. En efecto, en el sistema capitalista, cuando aparece en su forma *salvaje*, el poder llamar *suyo* a algo, es privilegio de los pocos que poseen; con justicia pueden ser aplicadas a estas manifestaciones del sistema liberal las advertencias sobre el error antropológico que el Papa muestra en el caso del socialismo.

La raíz de los errores: negación de Dios.

Al poner la raíz de estos errores antropológicos en la dimensión religiosa, es decir, en la negación de Dios, el Papa toca un punto importante: "La negación de Dios priva de su fundamento a la persona, y consiguientemente, la induce a organizar el orden social prescindiendo de la dignidad y responsabilidad de la persona" (CA 13c). De alguna manera podría afirmarse, de modo inverso, que la afirmación de Dios garantiza un orden social justo. De aquí nacería, por una parte, la inevitable exigencia de explicar por qué algunos países y continentes, incluso cristianos, están profundamente marcados por la injusticia¹ y, por otra, el auténtico

1. El n. 28 del Documento de Puebla, señala como una nota característica de nuestra realidad latinoamericana, la coexistencia de la fe y de la injusticia, enunciando al mismo tiempo un juicio teológico de gran importancia: esta coexistencia es una "contradicción" y un "escándalo".

desafío de permitir, a la fe cristiana y sus concepciones sobre la verdad del hombre, el que lleguen a mostrar en plenitud su fecundidad histórica y social. Dejamos, por ahora, planteado el problema, que será estudiado en la tercera parte de este artículo.

Errores antropológicos en torno a la conflictividad

Unido al ateísmo, como negación de Dios y de los valores de trascendencia que fundamentan la dignidad de la persona humana se encuentran las expresiones de la conflictividad. En el socialismo, el conflicto social fué interpretado en forma sistemáticamente filosófica y aplicado en una coherente teoría y praxis de lucha de clases, conforme a sus principios.

En punto tan importante de conflictividad es notable el empeño del Papa por precisar exactamente los límites y las razones del rechazo a la lucha de clases. En primer lugar no hay que confundir toda *lucha por la justicia social* con la lucha de clases condenada por la Iglesia, ya que a esa lucha por la justicia social corresponde la solución del conflicto contemporáneo entre capital y trabajo, para lograr la prioridad del trabajo sobre el capital; en segundo lugar, incluso cuando sea entendida la lucha por la justicia social en términos de lucha de clases, existen formas de llevarlas a cabo que no son excluidas por el magisterio. Juan Pablo II cita aquí una expresión de Pío XI en *Quadragesimo Anno* que contribuye a precisar el punto en discusión: "El efecto, cuando la lucha de clases se abstiene de los actos de violencia y del odio recíproco, se transforma poco a poco en una discusión honesta fundada en la búsqueda de la justicia" (Citado en CA 14a).

La razón formal de la condena de la lucha de clases, no es el deseo de llegar a la justicia social, ni el que las mismas clases sociales se encuentren en discusión entre sí, sino específicamente:

Lo que se se condena en la lucha de clases es la idea de un conflicto que no está limitado por consideraciones de carácter ético o jurídico, que se niega a respetar la dignidad de la persona en el otro, y por tanto, en sí mismo, que excluye, en definitiva, un acuerdo razonable y persigue no ya el bien de la sociedad, sino más bien un interés de parte que suplanta al bien común y aspira a destruir lo que se le opone (CA 14b).

Ahora bien, analizando específicamente aquello que el Papa encuentra como condenable en la lucha de clases, eso mismo aparece en otras manifestaciones ideológicas ajenas al socialismo marxista e incluso opuestas a él. En primer lugar, el militarismo e imperialismo, que no son fenómenos exclusivamente nacidos del socialismo, puesto que lo anteceden históricamente, y le suceden aun después de los acontecimientos de 1989. En efecto, en 1991, han vuelto a manifestarse el militarismo e imperialismo como caminos de solución de conflictos que no eran ya ideológicos sino de intereses económicos y geopolíticos. (Cf. CA 14b).

En segundo lugar, la lucha ideológica contra el socialismo marxista, ha tomado de hecho, formas exactamente repudiables, y ello a partir de los mismos argumentos mencionados por el Papa. "Existen, además, otras fuerzas sociales y movimientos ideales que se oponen al marxismo con la construcción de sistemas de *seguridad nacional* que tratan de controlar capilarmente toda la sociedad para imposibilitar la infiltración marista. Se proponen preservar del comunismo a sus pueblos exaltando e incrementando el poder del estado, pero con esto corren el grave riesgo de destruir la libertad y los valores de las personas, en nombre de los cuales hay que oponerse al comunismo" (CA 19c)

En este sentido, el fin no justifica los medios, y el maquiavelismo político que, por medio de la persecución del marxismo, pretende conquistar mayores grados de poder en la esfera civil, es repudiable porque acude "a la destrucción del poder de resistencia del adversario, llevada a cabo por todos los medios, sin excluir el uso de la mentira, el terror contra las personas civiles, las armas destructivas de masa..." (CA 14b).

Los errores antropológicos y los acontecimientos de 1989.

Los *errores antropológicos* del socialismo son retomados nuevamente en el capítulo III de la encíclica, donde el Papa estudia en forma particular el año 1989, por la significación social, económica y política de la caída de los regímenes comunistas del Este de Europa. Este análisis es verificado todavía con mayor exactitud por los hechos posteriores a la aparición de la misma encíclica, como los separatismos de naciones violentamente integradas en un único estado, e incluso las verdaderas guerras internas dentro de estos estados, como el caso de la URSS o de Yugoslavia.

Para el Papa, el proceso actual tiene su origen en Polonia y en la reivindicación del movimiento Solidaridad. Juan Pablo II piensa que este hecho es significativo precisamente porque los países socialistas se habían calificado como los defensores de los derechos de los trabajadores. El rechazo del sistema socialista precisamente por un movimiento sindical era una excelente demostración de las contradicciones internas ocultadas por las ideologías. Por otro lado, el hecho de que este movimiento surgiera en un país de mayoría católica, implicaba por el mismo gesto, una presencia masiva de la Iglesia y un reencuentro del mundo obrero y de la Iglesia, después del largo paréntesis del predominio marxista en la lucha de los trabajadores.

Con todo, analistas políticos no dejarán de subrayar los contrastes que aparecen en las elecciones en Polonia (octubre 1991), que han revelado una vigorosa presencia, esta vez democrática, del partido socialista, y la atomización del mismo movimiento Solidaridad. Una plausible explicación es que el aprendizaje de la democracia no se da de un día para otro; otra explicación apuntaría a mostrar que los profundos intereses de un pueblo no siempre se hacen evidentes,

puesto que la lectura de los *errores antropológicos* no es fácil ni inmediata. En este sentido, la explosión consumista que el capitalismo ha exportado a los países socialistas ofusca las mentes y los corazones. Con gran acierto el Papa ha señalado una falsa estrategia de los países capitalistas en su oposición al marxismo:

Otra forma de respuesta práctica está representada por la sociedad del bienestar o sociedad de consumo. Esta tiende a derrotar al marxismo en el terreno del puro materialismo, mostrando cómo una sociedad de libre mercado es capaz de satisfacer las necesidades materiales humanas más plenamente de lo que aseguraba el comunismo y excluyendo también los valores espirituales. En realidad, si bien por un lado es cierto que este modelo social muestra el fracaso del marxismo para construir una sociedad nueva y mejor, por otro, al negar su existencia autónoma y su valor a la moral y al derecho, así como a la cultura y a la religión, coincide con el marxismo en el reducir totalmente al hombre a la esfera de lo económico y a la satisfacción de las necesidades materiales (CA 19d).

El error antropológico que se esconde en el fracaso del socialismo reside en no haber dado al trabajo humano su verdadera dimensión y dignidad. Esto puede parecer paradójico tratándose de un sistema y de una ideología que se levantó precisamente contra la injusticia del predominio del capital sobre el trabajo. Pero es profundamente verdadero si el trabajo quedó reducido a un mero factor de producción, aun dentro de un sistema de propiedad socializada de los medios instrumentales. Considerado así el trabajo, otros aspectos quedaban radicalmente olvidados, como el de la personal responsabilidad en la construcción de la sociedad, y, sobre todo, el de la espiritualidad del trabajo, profunda fuente de su dignidad y sin embargo sistemáticamente excluida por el ateísmo marxista,

Pero junto a este hecho, el socialismo tampoco respetó los "derechos humanos a la iniciativa, a la propiedad y a la libertad en el sector de la economía" (CA 24a) y en conjunción con estos derechos, los valores de la cultura.

Aunque la complementariedad cultural no es todavía por sí misma la del horizonte ético de la actividad humana, no hay duda de que la ética misma se va a transmitir a través de canales y expresiones culturales. Por eso es importante constatar su valor:

No es posible comprender al hombre considerándolo unilateralmente a partir del sector de la economía, ni es posible definirlo simplemente tomando como base su pertenencia a una clase social. Al hombre se le comprende de una manera más exhaustiva si es visto en la esfera de la cultura a través de la lengua, la historia y las actitudes que asume ante los acontecimientos fundamentales de la existencia, como son nacer, amar, trabajar, morir. El punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande: el misterio de Dios (CA 24a).

Errores antropológicos y alienación humana.

Uno de los temas de apasionante discusión es el de la *alienación humana*. Surge precisamente en el contexto de dar al ser humano su verdadera dignidad y sentido. Para que este tema fuera adecuadamente planteado era necesario un giro antropocéntrico en la cultura y la historia del pensamiento.

Desgraciadamente, muchas de las aspiraciones de vencer la alienación humana se vieron frustradas desde sus propias raíces. Por eso el tema del *error antropológico* en ningún momento es tan decisivo como en el tema de la alienación.

Para el Papa Juan Pablo II, este tema no es extraño. Aparece ya en su primera encíclica *Redemptor Hominis* al hacer un análisis de nuestra civilización contemporánea. Aparece repetidas veces en la polaridad: ética/técnica; trabajo/capital; ser humano/cosas; espíritu/materia; formulando la prioridad de cada uno de estos elementos en el orden antropológico y ético, para constatar después, cómo en la realidad se da una inversión de estas *primacías* o *prioridades*². La alienación se revela en la inversión de valor: aquello que es construido por el ser humano, y/o debe estarle sometido, viene a ponerse en primer lugar y por tanto aplastar al hombre mismo.

El Papa Juan Pablo II señala el acierto de la crítica marxista a la civilización capitalista: "El marxismo ha criticado las sociedades burguesas y capitalistas, reprochándoles la mercantilización y la alienación de la existencia humana" (CA 41a). Este reproche crítico, aunque a su vez no provenga de una adecuada fundamentación antropológica y merezca ser también criticado, no por eso deja de tocar verdaderamente algunos aspectos alienantes del sistema capitalista. Por su importancia, dejamos este punto para la segunda parte de nuestras reflexiones, porque sólo un capitalismo no alienante puede ofrecer garantías para una humanidad mejor. A su vez, en la tercera parte, nos tocará apuntar el papel desalentante de la fe después de haberse purificado ella misma de los riesgos de alienación.

Nos basta, por ahora, exponer la alienación limitada al socialismo y como consecuencia de sus errores antropológicos.

Para Juan Pablo II el error antropológico del materialismo vicia en su raíz la crítica que el marxismo hace de la alienación occidental. La reducción economicista de la vida humana y de la persona, según el Papa, es el motivo de poner la alienación únicamente en la esfera de las relaciones de producción y de propiedad (Cf. CA

2. Algunas reflexiones sobre la importancia y el papel de estas polaridades y la primacía de uno de los elementos sobre el otro, como índice seguro para identificar si nuestra sociedad es espiritualista o materialista, se encuentran en mi artículo: "La Doctrina Social de la Iglesia como praxis de liberación ante el secularismo y el materialismo", *Medellín*, 49 (1987) 74-90

41a). Una verdad antropológica hubiera permitido descubrir la alienación que el mismo socialismo engendraba dentro de sí cuando realidades sociales como el partido, creado por el hombre y con la finalidad de servirlo, se tornaba un verdadero *dios* al cual había que servir con toda fidelidad. La absorción de la persona humana por el estado totalitario revela una alienación que toca la esencia misma de lo religioso, porque la persona debía absoluta sumisión a un estado todopoderoso.

Si el fracaso del sistema socialista es una lección para no repetir los mismos errores de la historia, esto tiene particular aplicación al sistema capitalista. Porque muchos de los errores señalados se encuentran íntimamente establecidos en el interior del sistema. De no ser corregidos, todos sabremos a donde nos conducirá el sistema, si la tesis fundamental del Papa es verdadera: los sistemas sociales no prosperan y se destruyen si no están edificados sobre la verdad antropológica.

2. CONDICIONES DE VERDAD DEL HOMBRE PARA EL BUEN RESULTADO DEL CAPITALISMO

Los errores antropológicos se dan también en la ideología liberal. El Papa no la menciona explícitamente, como lo hace en el caso del socialismo, pero sí la describe por sus efectos. Para la CA, la encíclica RN señala en el fondo:

las consecuencias de un error de mayor alcance en el campo económico-social...una concepción de la libertad humana que la aparta de la obediencia a la verdad y, por tanto, también del deber de respetar los derechos de los demás hombres. El contenido de la libertad se transforma entonces en amor propio, con desprecio de Dios y del prójimo: amor que conduce al afianzamiento ilimitado del propio interés y que no se deja limitar por ninguna obligación de justicia (CA 17a)

Cuando se compara esta descripción con la que aparece en *Laborem Exercens* sobre el espíritu economicista y materialista cuyos principios rigen el surgir del proceso industrial, no cabe duda de a qué ideología se está refiriendo Juan Pablo II. Las guerras, lo mismo que la lucha de clases se ven envueltas por la misma lógica destructiva, por el total desprecio de la persona del otro, por el impulso de su exterminio total. Muchos párrafos de la CA se dedican a deplorar la espiral de violencia que las guerras dejaron detrás de sí, aun cuando habían sido pretendidamente legitimadas como búsquedas de una paz más estable. Es evidente para todos que muchas guerras han tenido en su origen precisamente los mismos intereses que el capitalismo ha propiciado como el dinamismo de su progreso. Las guerras, el militarismo y el imperialismo son formas de expresión de las dos ideologías que aquí consideramos, sin que ninguna pueda arrojar *la primera piedra* a la otra.

Errores antropológicos en la empresa y en el mercado.

Los errores del economicismo y materialismo apuntados en *Laborem Exercens* 13, son verdaderos *errores antropológicos* que el capitalismo no ha superado suficientemente. El economicismo y materialismo se muestran en varios aspectos de la empresa y del mercado ³.

Fundamentalmente en la *empresa*, considerada como lugar de encuentro de personas y no meramente de elementos de producción pueden darse explotaciones por salarios insuficientes, por reducción del trabajo a mero instrumento productivo⁴, por evaluar el éxito de la empresa exclusivamente por el índice de los buenos beneficios ⁵, y otras manifestaciones que revelan la prioridad del capital sobre el trabajo y de la técnica sobre la ética.

También en el *mercado* el error economicista y materialista puede expresarse absolutizando lo material, ignorando dimensiones humanas que no pueden objetivarse en el nivel de mercancías ⁶, el mercado puede volverse el instrumento de una mentalidad consumista (CA 36b) y degenerar claramente en hechos degradantes como el consumo de la droga (CA 36c).

También en estos hechos del sistema capitalista se revela aquella misma raíz del ateísmo que es el racionalismo iluminista que concibe la realidad humana y social de manera mecanicista, negando la trascendencia frente al mundo material; se niega también la contradicción entre el deseo de plenitud y la incapacidad de realizarlo y por tanto la necesidad de salvación. En la medida en que la tensión entre el deseo de plenitud y los logros humanos se reduzca porque la plenitud se desfigura

-
3. Sobre este tema ver mi artículo "La Encíclica 'Centesimus Annus': empresa y mercado en el capitalismo", en *Medellín* 69 (1992) 52-74.
 4. Hay que recordar aquí las enérgicas expresiones de CA 8a sobre la agresión al trabajador cuando su trabajo no es remunerado con justicia y el temor de que este hecho, propio del 'capitalismo salvaje' puede repetirse hoy día con la misma gravedad.
 5. "Es posible que los balances económicos sean correctos y que al mismo tiempo los hombres que constituyen el patrimonio más valioso de la empresa, sean humillados y ofendidos en su dignidad. Además de ser moralmente inadmisibles, esto no puede menos de tener reflejos negativos para el futuro, hasta para la eficiencia económica de la empresa" (CA 35c)
 6. El mercado se muestra eficaz, pero "esto vale sólo para aquellas necesidades que son 'solventables', con poder adquisitivo y para aquellos recursos que son 'vendibles' esto es, capaces de alcanzar un precio conveniente. Pero existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado. Es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que queden sin satisfacer las necesidades humanas fundamentales y que perezcan los hombres oprimidos por ellas" (CA 34a).

a los bienes materiales, el ser humano pierde el profundo dinamismo interior que esa tensión debería provocar en él y termina por creerse salvado por sí mismo. No necesita más de un Salvador y Redentor.

Las alienaciones en el capitalismo.

Hemos considerado en la primera parte las alienaciones en el socialismo. Muchas de las críticas que el socialismo hizo sobre las alienaciones en el capitalismo revierten sobre el mismo socialismo. Pero habíamos hecho notar que el Papa no descarta la objetividad de muchas de las críticas hechas al capitalismo.

La experiencia histórica de Occidente, por su parte, demuestra que, si bien el análisis y el fundamento marxista de la alienación son falsos, sin embargo, la alienación, junto con la pérdida del sentido auténtico de la existencia, es una realidad incluso en las sociedades occidentales (CA 41b).

Hemos mencionado dos campos de alienación, la empresa y el mercado. A ellos se refiere explícitamente el Papa:

La alienación se verifica en el consumo cuando el hombre se ve implicado en una red de satisfacciones falsas y superficiales, en vez de ser ayudado a experimentar su personalidad auténtica y concreta. La alienación se verifica también en el trabajo cuando se organiza de manera tal que 'maximaliza' solamente sus frutos y ganancias y no se preocupa de que el trabajador, mediante el propio trabajo, se realice como hombre, según que aumente su participación en una auténtica comunidad solidaria, o bien su aislamiento en un complejo de relaciones de exacerbada competencia y de recíproca exclusión, en la cual es considerado sólo como un medio y no como un fin (CA 41b).

Aunque en la sociedad occidental se han superado algunas de las alienaciones, como la explotación (al menos en las formas analizadas y descritas por Marx),

no se ha superado en cambio la alienación en las diversas formas de explotación, cuando los hombres se instrumentalizan mutuamente y, cuando para satisfacer cada vez más refinadamente sus necesidades particulares y secundarias, se hacen sordos a las principales y auténticas, que deben regular incluso el modo de satisfacer otras necesidades (CA 41d).

En coherencia con este principio, se plantea también el problema de la deuda externa. "No es lícito, en cambio, exigir o pretender su pago cuando este vendría a imponer de hecho opciones políticas tales que llevaran al hambre y a la desesperación a poblaciones enteras. No se puede pretender que las deudas contraídas sean pagadas con sacrificios insoportables" (CA 35e)

3. RESPONSABILIDAD PROFETICA DE LA IGLESIA ANTE LA RELACION DE VERDAD SOBRE EL HOMBRE Y BUSQUEDA DE LIBERTAD.

No basta percibir que una equivocada idea de la verdad del hombre incide en conceptos desviados de la libertad y por tanto en el fracaso, a corto o largo plazo, de un sistema socio-político. Es necesario que la verdad que la Iglesia posee sobre el hombre sea comunicada. Es una verdad que no constituye su patrimonio particular, sino destinada, como toda la Buena Nueva Evangélica a ser transmitida a todos los hombres.

Pero también esta verdad tiene que encontrar el clima de libertad para poder expresarse. Las limitaciones de esta libertad le pueden venir de fuera, cuando, por ejemplo, se niega el ejercicio de la libertad religiosa de expresión de la fe y de su culto. En estos casos, la Iglesia del silencio puede seguir hablando a través de su heroico testimonio de fidelidad.

Más serias y graves son las limitaciones que le vienen de dentro, es decir, cuando la Iglesia misma o importantes sectores de ella piensan que ella no tiene una verdad que comunicar, o que la verdad que debe ser dicha no toca la esfera de los problemas socio-económicos.

La Iglesia no podría señalar que el error antropológico es la raíz del fracaso de un sistema, si ella no habló cuando tuvo la libertad para hacerlo. Forzada al silencio por la presión exterior, no es culpable del fracaso de un sistema. Pero si tenía la libertad para hablar y no lo hizo, le resta autoridad moral, hablar a posteriori del fracaso mismo, porque en cierto sentido fue cómplice por su silencio.

Por eso es de importancia fundamental subrayar que el derecho/deber de la Iglesia tiene que ser reconocido. Precisamente en un contexto adverso a este reconocimiento es donde surge la *Rerum Novarum*.

En tiempos de León XIII semejante concepción del derecho/deber de la Iglesia estaba muy lejos de ser admitido comunmente. En efecto, prevalecía una doble tendencia: una orientada hacia este mundo y esta vida, a la que debía permanecer extraña la fe; la otra dirigida hacia una salvación puramente ultraterrena, pero que no iluminaba ni orientaba su presencia en la tierra. La actitud del Papa al publicar la Rerum Novarum, confiere a la Iglesia una especie de 'carta de ciudadanía' respecto a las realidades cambiantes de la vida pública y esto se corroboraría aún más posteriormente (CA 5e).

En consecuencia, no hay que pensar que la *Doctrina Social de la Iglesia* sea una parte marginal, mera pieza de adorno de la fe cristiana. "...para la Iglesia enseñar y difundir la doctrina social pertenece a su misión evangelizadora y forma parte esencial del mensaje cristiano, ya que esta doctrina expone sus consecuencias

directas en la vida de la sociedad y encuadra incluso el trabajo cotidiano y las luchas por la justicia en el testimonio a Cristo Salvador" (CA 5e)

Son bastante conocidas las seculares represiones que los regímenes comunistas impusieron a la Iglesia. Fue llamada, con verdad, la *Iglesia del silencio*. De esta Iglesia no puede exigirse cuentas por no haber hablado sobre los errores antropológicos de un sistema que lo conducirían al fracaso.

Pero en situación bastante distinta se encuentra la Iglesia en los sistemas capitalistas. Se le reconoce el derecho de hablar, no se la persigue ni obstaculiza. Pero ¿es verdad la existencia de tal libertad?

Una gama de situaciones eclesiales explica diversas relaciones en tiempos y lugares diferentes, del sistema capitalista con la Iglesia. Cuando es tan importante, para el mundo contemporáneo, la difusión masiva de los mensajes por los medios de comunicación, encontramos que la libertad de expresión de la Iglesia es sometida y filtrada por los criterios de los intereses del capitalismo y su propia ideología.

La obediencia a la verdad sobre Dios y sobre el hombre es la primera condición de la libertad que le permite ordenar las propias necesidades, los propios deseos y el modo de satisfacerlos según una justa jerarquía de valores, de manera que la posesión de las cosas sea para él un medio de crecimiento. Un obstáculo a esto puede venir de la manipulación llevada a cabo, por los medios de comunicación social cuando imponen, con la fuerza persuasiva de insistentes campañas, modas y corrientes de opinión, sin que sea posible someter a un examen crítico las premisas sobre las que se fundan (CA 41d)

Los medios de comunicación en el mundo capitalista saben distinguir muy bien entre un mensaje verdaderamente profético de la Iglesia que cuestiona y llama a la conversión a las personas y a los sistemas sociales, y otros mensajes que por la forma ambigua o unilateral en que son presentados, pueden ser fácilmente instrumentalizados con fines ideológicos. Resulta impresionante constatar cómo encíclicas sociales que son verdaderas fuentes de orientación espiritual, son prontamente despachadas, superficialmente comentadas o sin más ignoradas, para dar espacio, desproporcionado casi siempre, a noticias más polémicas, a sanciones vaticanas contra teólogos, o a temas que pueden ser esgrimidos como apoyo de una posición teológica, apostólica o espiritual, en contra de otra, igualmente legítima y conducida por el Espíritu.

Si bien es verdad que la ideología capitalista, sin reprimir formalmente como lo hizo el socialismo aunque las represiones capitalistas en forma incluso clara y declarada contra el profetismo de la Iglesia, abundan en los países del Tercer Mundo, tiene sus formas de silenciar, arrinconar e ignorar el magisterio eclesial. Con todo, el problema todavía queda exterior a la propia Iglesia.

La gravedad del silencio o de formas ambiguas de expresión eclesial se vuelve más radical cuando la propia Iglesia juzga que no tiene un mensaje o lo ofrece de forma poco evangélica. Así como existen *errores antropológicos* cuyas consecuencias son muy serias para el desarrollo de los sistemas sociales, así también existen verdaderos *errores eclesiológicos* como aquel que el Papa Juan Pablo II mencionaba entre aquellos que no admitían el derecho/deber de la Iglesia de enseñar y difundir su doctrina social, como parte esencial del mensaje cristiano y de la misión evangelizadora de la Iglesia (CA 5e). Ahora bien, estos *errores* no eran externos, sino internos a la misma Iglesia, es decir, parte de ella no aceptaba el magisterio social y lo marginó con mucha habilidad o lo interpretó siempre en beneficio de sus propios intereses. Podríamos enumerar textos pontificios aludiendo a estas interpretaciones como la de aquellos que "calumnian al Sumo Pontífice y aun a la Iglesia misma de ponerse de parte de los ricos contra los proletarios" (QA 44), o la de aquellos que acusaban a la Iglesia "como si ésta ante la cuestión social se limitase a predicar a los pobres la resignación y a los ricos la generosidad" (*Mater et Magistra* 16). Pero lo que particularmente duele a los Papas en su magisterio social es la actitud de aquellos que

confesándose católicos, apenas si se acuerdan de esa sublime ley de justicia y caridad, en virtud de lo cual estamos obligados no sólo a dar a cada uno lo que es suyo, sino también a socorrer a nuestros hermanos necesitados, como si fuera el propio Cristo nuestro Señor, y lo que es aún más grave, no temen en oprimir a los trabajadores con espíritu de lucro. No faltan incluso quienes abusan de la religión misma y tratan de encubrir con el nombre de ella sus injustas exacciones, para defenderse de las justas reclamaciones de los obreros. Ellos son la causa, en efecto, de que la Iglesia aunque inmerecidamente, haya podido parecer y ser acusada de favorecer a los ricos, sin conmoverse en cambio, lo más mínimo ante las necesidades y las angustias de aquellos que se veían como privados de su natural heredad (QA 125).

El *error eclesiológico* aquí mencionado, es sumamente grave porque impide a la Iglesia ejercer su profetismo ante los errores antropológicos. La permanente conversión permite a la Iglesia poder ser transparente en su mensaje sobre la alienación humana.

Mensaje de la Iglesia ante la alienación humana.

Aunque hemos hablado en las dos primeras partes de la alienación, todavía no hemos ofrecido un concepto clarificador sobre sus rasgos esenciales. Aunque la alienación como enajenamiento del hombre, de su poder sobre sí mismo, es un concepto moderno, propio del antropocentrismo de la cultura contemporánea, las manifestaciones de la alienación en otros campos, como el religioso son, de hecho muy antiguas, aunque recibieran nombres diferentes.

La alienación fundamentalmente fue explicada por Feuerbach y retomada por

Marx como un fenómeno humano, por el cual, la inestabilidad sea psicológica, como social, es decir, la tensión y lucha entre aspectos incompatibles, como bien y mal, desgracia y deseo de felicidad, conduce a *proyectar* los deseos (bien, felicidad) hacia afuera y juzgar equivocadamente que ellos recobran una existencia independiente del hombre. En cuanto que el ser humano es origen de la proyección, es siempre superior a lo proyectado que sale fuera de sí, y es, por tanto, su obra y expresión de su ser. Hasta aquí no habría alienación.

La alienación comienza verdaderamente cuando lo proyectado desborda la capacidad del hombre de controlarlo o reconocerlo como algo salido de sí mismo. La proyección se ontologiza, se vuelve subsistente, deviene no sólo independiente del hombre, sino que se pone encima de él y reclama de él la entrega y el servicio incondicional. De esta manera el ser humano acaba adorando el objeto mismo de su propia proyección; al adorar ese objeto deja de ser sujeto de ello, se vacía de sí mismo, se deja gobernar y poseer por algo exterior, que en realidad no es otra cosa que su ser mismo, pero objetivado fuera de sí.

La alienación así entendida, fué aplicada al capitalismo que arrebató al obrero el fruto de su trabajo para convertirlo en *fetiché de mercancía*, y por tanto objeto de su adoración y esclavitud en el mercado. El trabajo del ser humano, objetivado, adquiere una consistencia superior al hombre mismo. En vez de ser la persona quien configura el orden de las cosas, son éstas las que por ejemplo, en el consumismo van conformando a la persona misma. Nuestros grandes problemas espirituales contemporáneos nacen de una civilización que fué hecha por los seres humanos y acaba siendo incontrolable por ellos, y por el contrario, controlando a los mismos seres humanos y *creándolos a su imagen y semejanza*.

Por eso, la alienación siempre toca en el fondo el ámbito religioso. Lo expresó en forma bellísima el Antiguo Testamento al decir que el artista que hizo una figura *que tiene ojos que no ven* acaba poniéndola en un altar y venerándola, olvidando que el ser humano sí es aquel *que tiene ojos que ven*. El ídolo sustituye entonces el lugar de Dios, que es el único ser que puede estar encima del hombre y reclamar el homenaje de su adoración.

En el fondo deshumanizante de toda alienación se encuentra el hecho de degradarse el ser humano a adorar lo no adorable. Esto ha aparecido ya en los rasgos arriba mencionados del economicismo, materialismo; en la absolutización de los valores de la empresa o del mercado que olvidan los encuentros humanos que ellos convocan.

A nuestro juicio el problema más serio lanzado por el marxismo contra la Iglesia fué el de considerar la misma fe como alienación humana. Por eso es extraño que este tema tan candente en las relaciones del cristianismo con el marxismo no haya sido tocado en la Encíclica, la cual aborda explícitamente el tema de las alienaciones tanto en el socialismo como en el capitalismo.

Nos proponemos por tanto, esbozar brevemente lo esencial de la acusación del marxismo contra la religión considerándola como alienante, y la esencial refutación de la fe a esta objeción. Dado este paso nos parece despejado el camino para el bello aporte que la Encíclica CA ofrece sobre el mensaje de la Iglesia ante la alienación.

La acusación de la alienación religiosa en el cristianismo.

Para explicar la religión, Feuerbach sugiere que la permanente insatisfacción humana por ver insuficientemente realizado el bien, la justicia y la verdad, conduce al ser humano a la proyección fuera de sí de esa aspiración. Esta proyección es divinizada, es decir, puesta encima del hombre mismo, sujeto de esas aspiraciones, y ontologizada como un ser personal, divino, Dios, en suma.

Partiendo de aquí Feuerbach y todos quienes se suman a él en el *humanismo ateo*, postulan que sólo la negación de Dios puede devolver al hombre a sí mismo, hacerle recuperar la realidad de sus propias aspiraciones que salieron de él por la proyección y divinización subsiguiente. El ateísmo humanista se define, por tanto primariamente como amor al hombre y secundariamente por su ateísmo. La creencia religiosa aparece como un obstáculo para la realización de la vocación humana. Hay que arrancar ese *dios* de su conciencia, que la falsifica, la empobrece, la somete a alguien fuera de sí mismo cuando sólo en sí mismo puede encontrar su verdadera grandeza.

Si la experiencia secular no hubiera mostrado suficientes ejemplos de esta alienación, no se hubiera sostenido la teoría ante los hechos. Pero en la historia del cristianismo, junto a las grandes luces de magníficas realizaciones humanas conseguidas precisamente por la ardiente fe religiosa, se encuentra mezclada también la dolorosa experiencia de manipulaciones religiosas increíbles, guerras religiosas que desangraron la tradicional Europa cristiana, y proyectos de cruzadas y conquistas militares para imponer la fe a los otros pueblos del mundo. En suma, si el cristianismo ha producido, junto a la santidad, el pecado de la deshumanización en nombre de Dios, es lógico que apareciera en forma dicotómica e incompatiblemente opuesto el amor a Dios y el amor al hombre. El ateísmo humanista no es otra cosa que el reverso del teísmo deshumanizante. En otros términos estas dos posiciones extremas tienen el mismo presupuesto: no se puede amar al mismo tiempo a Dios y al hombre, es necesario escoger, un *aut / aut* que no admite componendas.

Planteadas así las cosas es evidente que no corresponden a la verdad misma de los hechos, es decir, no todo teísmo deshumanizó, sino por el contrario, fue fuente de crecimiento espiritual. Pero si se ve esta paja en el ojo ajeno, es necesario ver la viga en el propio, porque la visión cristiana de los humanismos ateos, los ha condenado con mucha frecuencia, a priori, sin distinguir lo que se quería afirmar de amor a la humanidad y lo que existió como generosidad y donación de sí, aun

en aquellos que proclamaban la negación de Dios.

Hablando teológicamente y recordando por tanto el esfuerzo de la teología negativa que proclamaba que de Dios es más lo que no sabemos que lo que sabemos de El, todo acto de fe verdadera implica correlativamente el rechazo de una falsa fe. Los primeros cristianos fueron llamados *ateos* precisamente porque se negaron a dar culto divino al emperador romano. Para ellos la confesión de la divinidad en la humanidad de Jesucristo exigía en forma absolutamente clara negar cualquier divinidad a la humanidad del César.

La negación de Dios, cuando se lo piensa como mera proyección del espíritu humano, es hasta coherente con el sentido mismo de Dios. El error del ateísmo marxista fué el no seguir buscando el Absoluto, que no aliena sino que vuelve el hombre hasta lo más profundo de sí mismo y lo descubre como ser en relación con los otros y con el Otro. Descartado un *dios falso* mera proyección humana, no fué buscado aquel Dios verdadero que no es proyección, sino por el contrario, negación misma de esa proyección que quiere divinizarse.

Cuando las tesis de Feuerbach son aplicadas por Marx al fenómeno religioso, se traduce en clave social lo que en Feuerbach era pensado en términos abstractos y genéricos. Las clases oprimidas, permanentemente explotadas e insatisfechas encuentran en la proyección al futuro de un cielo eterno, el opio necesario para calmar su insatisfacción y dolor.

Para escapar del sufrimiento humano presente, los acusadores de la alienación del cristianismo, imaginan que hay que *subir* hasta un gozar eterno y divino. Dios y sufrimiento humano se oponen radicalmente, como el *valle de lágrimas* se distancia del cielo.

Cualquier religión que subraye exclusivamente la trascendencia de Dios podría ser afectada por esta alienación. Dios, en su trono, eternamente feliz y distante de los hombres, indiferente y ajeno al sufrimiento de ellos, juez supremo que castiga y premia, pero sin haber experimentado nunca ni la miseria ni la grandeza de la existencia humana en este mundo.

Un pasaje de Mateo 16, conocido como la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo es sumamente ilustrativo de lo que queremos decir. Se trata de un texto fundamental, piedra de toque en todos los argumentos en favor del Primado de Pedro en la Iglesia. Confesar que "*Tú, Jesús de Nazaret, eres el Cristo, Hijo de Dios*" es haber recibido del Padre el don de este reconocimiento, en la humanidad de Jesús de la divinidad del Cristo. Pero la misma Confesión no está exenta de una comprensión todavía imperfecta de lo divino: el hecho de que el Cristo confesado por la fe, será crucificado, es decir sometido a la ignominia y al sufrimiento, como tantos seres humanos, es para Pedro un verdadero escándalo. El rechaza esta posibilidad y escucha de Jesús, las frases más duras salidas de sus labios: tentador, Satanás...

En el corazón de la humanidad entera se encuentra el mismo sentimiento de Pedro: lo divino es incompatible con el sufrimiento humano. No se puede reconocer a Jesús como el Cristo y al mismo tiempo admitir que el Cristo sea un crucificado. Por eso no es de extrañar que en el fondo de toda acusación de alienación religiosa se esconda siempre esta convicción humana generalizada, que ya apareció en la primitiva filosofía griega ante la existencia del dolor: si el dolor existe es porque Dios no lo impide, sea porque no ama o porque no puede; si no ama no es Dios y si no puede, tampoco lo es. Por tanto la existencia del dolor remite a la inexistencia de Dios. La variante que el ateísmo humanista contemporáneo ofrece es que el hombre tiene que superar el dolor de la humanidad por sus propias fuerzas, sin distraerse por ese bello deseo de Dios, pero que embota sus energías y su capacidad de hacer humano el mundo de aquí y ahora en una historia construída por los hombres.

¿Por qué este ateísmo humanista que es postcristiano, es decir, nace en un continente ya evangelizado con largos siglos de tradición religiosa, no percibió en el dogma de la Encarnación y de la Pascua del Hijo de Dios la respuesta a este problema de la alienación?

En efecto, si la alienación es un dejar la propia realidad del dolor y miseria del hombre, para evadirse a lo eterno y feliz de Dios, la Encarnación es exactamente lo contrario, es decir, un descender de las prerrogativas del Hijo del Padre para hacerse esclavo, uno de tantos, confundido con la humanidad y compartiendo los sufrimientos de ésta. El Dios cristiano no nos aleja de la historia y de la vida, al contrario nos remite más a ella. Donde hay un sufrimiento humano hay un icono vivo del crucificado. Por eso se da de comer y beber al mismo Cristo cuando se practica esto con el hambriendo y el sediento.

La alienación no puede tener cabida en el auténtico cristianismo y este mide su autenticidad, como lo dijo muy bellamente Puebla, por el servicio al pobre y por el descubrimiento de Cristo en los rostros del pobre.

Este tipo de cristianismo está nutrido por el Magisterio de la Iglesia, y específicamente por su magisterio social. Como hemos visto más arriba en la cita de CA 5e, el enseñar y difundir la doctrina social pertenece a la misión evangelizadora de la Iglesia y forma parte esencial del mensaje cristiano.

Desde aquí podemos comprender el mensaje que la Iglesia tiene sobre la alienación.

Mensaje de la Iglesia sobre la alienación humana.

El condensado texto sobre el sentido cristiano de la alienación, verdadera respuesta a las alienaciones del socialismo y del capitalismo, y por tanto expresión de la verdad del hombre ante los *errores antropológicos* debe ser atentamente

desmenuzado analíticamente para percibir su riqueza.

1. En el concepto cristiano de alienación se descubre "la inversión entre los medios y los fines" (CA 41c). En efecto, es necesario que lo que es medio sea situado en su condición de tal, para lo cual es necesario reconocer dónde se encuentra el fin. Ya había establecido Manuel Kant que el básico principio de una ética consistía en tratar a todos los hombres como fines y nunca como medios. Los errores antropológicos arriba mencionados, caen todos en el mismo denominador de instrumentalizar el hombre y su trabajo o dignidad, para fines extrínsecos a él, como puede ser la utilidad de la empresa, el beneficio del mercado. Es verdad que estas realidades económicas pueden estar al servicio del hombre, pero los errores antropológicos inciden en la instrumentalización del hombre, en reducirlo a la condición de medio, al menos de unos hombres-medios para otros hombres-fines, sean los de los intereses individuales capitalistas o los del estado colectivista.
2. El no descubrir el valor absoluto de la persona humana es una herida en la propia humanidad.

El hombre cuando no reconoce el valor y la grandeza de la persona en sí mismo y en el otro se priva de hecho de la posibilidad de gozar de la propia humanidad y de establecer una relación de solidaridad y comunión con los demás hombres, para lo cual fue creado por Dios (CA 41c).

En esta frase rica de Juan Pablo II se afirma que no hay intrínseca oposición entre la grandeza de Dios y la del hombre. La propia humanidad y la relación de solidaridad y comunión con Dios, no sólo no es algo no deseado, algo así como si la soberanía de Dios pudiera estar en peligro cuando los hombres se unen entre sí, porque pueden amenazar su poder sino, por el contrario es algo explícitamente deseado, porque tal solidaridad y comunión no es otra cosa que la perfecta expresión del ser divino. Por eso Juan Pablo II en *Sollicitudo Rei Socialis* partiendo de la solidaridad como fenómeno sociológicamente visible, camina hacia el misterio teológico de la Trinidad, fuente invisible de la solidaridad humana, la cual reviste, de alguna manera, un carácter sacramental del misterio divino.

3. Antropológicamente el Papa afirma, al llegar a este punto, que "es mediante la propia donación libre como el hombre se realiza auténticamente a sí mismo, y esta donación es posible gracias a la esencial 'capacidad de trascendencia' de la persona humana" (CA 41c). La realización humana en nombre de la cual toda crítica de alienación ha sido formulada, no consiste en la posesión de cosas, y ni siquiera en la propia posesión de sí mismo. El tener y tener más no son en sí mismos un camino del ser y del ser más. Las cosas poseídas no hacen crecer el ser de un sujeto personal. La suma de objetos no cualifican al sujeto; es éste el que cualifica y da valor a las cosas poseídas al inserirlas dentro de

un proyecto de realización humana; al fin y al cabo las cosas sólo son medios, nunca fines.

La realización del ser personal humano sólo se da por el encuentro intersubjetivo, el yo sólo es descubierto cuando hay un tú. El lenguaje que en el amanecer bíblico de la creación parece ya existir porque Adán da el nombre a las cosas, no ha comenzado todavía a ser pleno hasta que se puede pronunciar los nombres que designan cosas ante otro ser personal, con el cual se establece la comunicación. Sólo con Eva, Adán comienza a comunicarse y los sonidos articulados que representaban los objetos, se vuelven palabras comunicativas entre sujetos.

Pero el otro puede ser también *objetivado*, es decir, reducido a la condición de un medio para los fines del sujeto más interior a cada uno de nosotros, el yo. Interesantes y sutiles análisis filosóficos expresan en nuestro pensamiento contemporáneo el problema de la totalidad que reduce al otro al mundo poseído por el sujeto, sin respetar la alteridad del otro en cuanto tal. Hasta se cuestiona si el conocer en cuanto tal no se vuelve *objetivante* incluso referido a un sujeto, y la necesidad de *pensar con toda el alma* como decía Gabriel Marcel para corregir lo universalizante y objetivante de mis ideas con lo individualizante y personalizante del afecto y de la acción. Es más, el extraordinario avance de la ciencia y de la técnica, corre el riesgo de volver al ser humano refractario a otro tipo de pensar y de actuar sobre el mundo que no sea el de las leyes científicas deterministas, y de los objetos sometidos a manipulación técnica. Por mucho que este tipo de conocimiento y de acción tengan un papel en el progreso contemporáneo es necesario volver a otros modos de pensar y de actuar para no atrofiar las capacidades verdaderamente humanas, que pueden *oxidarse* por el desuso.

Para evitar la *objetividad* del otro es necesario reconocer su *subjetividad*, y ésta nunca es tan afirmada como cuando se produce la *donación de sí mismo*. Por la entrega amorosa del propio ser al ser del otro, se lo reconoce un tú, y se reconoce que lo que poseemos e incluso somos, puede formar parte de aquel a quien amamos, sin nunca dejar nosotros de ser nosotros mismos, sino por el contrario, por el fenómeno del amor, siéndolo aún más plenamente.

4. Aquí se encuentra la crítica más profunda que el cristianismo puede hacer desde su sentido cristiano de la alienación. Si el ser humano es fin y no medio, si la salida del sujeto sólo puede darse hacia otro sujeto, es verdadera alienación poner un medio encima del hombre mismo. "No está hecho el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre". Esta es la crítica cristiana a todas las alienaciones, inclusive religiosas, como cuando el sábado institución religiosa de culto es excusa para no servir al hermano enfermo y necesitado de curación, como lo demuestra el contexto en que Jesús afirmó este principio.

Por eso el Papa expresa:

El hombre no puede darse a un proyecto solamente humano de la realidad, a un ideal abstracto, ni a falsas utopías. En cuanto persona sólo puede darse a otra persona o a otras personas y, por último, a Dios, que es el autor de su ser y el único que puede acoger plenamente su donación (CA 41c).

La subjetividad de la entrega que se inicia desde un sujeto, no puede tener más término que otro sujeto. El hombre no puede adorar las cosas hechas por el hombre. Nos encontramos en el pleno centro de lo que Feuerbach y Marx habían pensado como crítica de la alienación religiosa. Si Dios es un invento del hombre no debe ser adorado, porque el inventor es más grande que su propio invento, no importa lo genial que pueda ser lo inventado. Si excluimos a Dios del espacio de lo adorable, nada es adorable, porque el que una persona adore a otra igual a ella sería igualmente alienante por otorgar carácter divino a un ser humano, por introducirlo en el espacio de la adoración. Pero ¿podría decirse que "un ideal abstracto" o una "utopía" podrían cumplir el requisito para entrar en el espacio de lo adorable?. La respuesta del Papa es categórica: No. Siguen siendo productos del hombre, de su mente pensante, de sus aspiraciones humanas proyectadas; en definitiva medios e instrumentos mentales, psíquicos, en función de algo que el hombre debe hacer por sí mismo y para sí mismo.

Si la donación de sí mismo cobra un carácter de absoluto, sólo Dios es digno de ella. Y si la realización humana consiste en la donación de sí mismo a los demás, este camino de realización sólo puede completarse cuando el sujeto que la recibe es el Absoluto mismo. Por tanto, lejos de constituir una amenaza la existencia de Dios para la realización del hombre es su más fuerte garantía.

Podemos concluir el mensaje de la Iglesia sobre la alienación con la cita que encierra el tercer párrafo del n.41 de la CA.

Se aliena el hombre que rechaza trascenderse a sí mismo y vivir la experiencia de la autodonación y de la formación de una auténtica comunidad humana, orientada a su destino último que es Dios. Está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y consumo, hace más difícil la realización de esta donación y la formación de esa solidaridad interhumana.

Como puede observarse el Papa contrapone un doble nivel de alienación, el personal y el social. En el nivel personal, la negación de la autodonación, por paradójico que parezca, conduce a la alienación. En otros términos, si la persona rehusa entregarse por la comunión a otras personas, terminará entregándose a una falsa imagen de su ser personal, encerrado en sus egoísmos, o a las cosas que pueden revestirse de ideales, ideologías, utopías u otras formas de expresión de los deseos humanos, pero que están sustituyendo al mismo ser humano como término

de la autodonación personal. Pero por otra parte, la sociedad misma, alienada se vuelve alienadora porque en su modo de organizarse estructuralmente en el campo económico o político, puede crear barreras para la autodonación. La reducción del trabajo a la condición de mercancía, la reducción del intercambio humano a las relaciones de mercado, donde muchos bienes humanos no son vendibles ni comprables, ni muchas necesidades humanas pueden ser expresadas para ser satisfechas, todo ello, constituye un impedimento para la autodonación, y por tanto, un impulso para seguir alienando al ser humano.

A todo lo aquí expresado puede añadirse el mensaje específicamente cristiano. El Dios que acoge nuestra donación al término de ella, en la Persona del Padre, está con nosotros mismos en el camino de la donación misma, en la Persona de Cristo y en la presencia interior del Espíritu que es amor y enseña a amar; que en sí mismo es la mutua autodonación eterna de las divinas personas del Padre y del Hijo.

Por tanto el mensaje de la Iglesia sobre la alienación humana no sería completo si al mismo tiempo que se denuncian las fuerzas alienantes de nuestra historia, no se anunciaran las fuerzas del Poder de Dios que desalienan al hombre. Si el camino para salir de las alienaciones es la donación de sí, ese camino lo aprende la Iglesia en la persona de Jesucristo, y lo vive bajo la acción del Espíritu Santo. Una básica convicción de la verdad sobre el hombre, que es *imagen y semejanza del Creador*, quedaría así confirmada. El misterio de la autodonación de las Tres Divinas Personas es la fuerza mas desalienante que la fe puede ofrecer. Como amor-fuente, lanza a la humanidad a un camino histórico hacia el amor-meta. Y entonces sólo lo adorable es adorado, y nada de lo no adorable es adorado. La alienación humana queda vencida.